



Pastoral de la Salud

Jornada Mundial

de los abuelos y de los mayores



«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



5ª JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS MAYORES

27 de julio de 2025

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (cf. Eclo 14,2)

En el marco del **Año Jubilar 2025**, el Papa Francisco nos invitó a celebrar con especial gratitud y compromiso la 5ª Jornada Mundial de los Abuelos y de las Personas Mayores, que tendrá lugar el **domingo 27 de julio de 2025**. El tema elegido —«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (cf. Eclo 14,2)— es una bienaventuranza que enaltece la fidelidad confiada del anciano que mantiene su esperanza en el Señor, a pesar del paso del tiempo, de las pruebas y de las pérdidas. Este lema fue un regalo más del Papa Francisco que hizo publico el 04 de febrero 2025.

Una vejez cristiana y reconciliada

Esta Jornada, instituida en 2021, no solo busca reconocer el valor y la dignidad de los mayores, sino también subrayar cómo su presencia puede ser **fuentes viva de esperanza** para las familias, comunidades eclesiales y la sociedad. En ellos

vemos testigos de la fe que ha resistido las tormentas de la vida, semillas de sabiduría que iluminan el presente, y raíces profundas que nutren el árbol de las nuevas generaciones.

En un mundo donde a menudo se exalta la juventud y se margina la vejez, esta celebración es un **acto profético** que reivindica la belleza de una vida larga vivida

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)





en Dios, el valor de los recuerdos, y la fuerza silenciosa de la oración de tantos abuelos que sostienen a sus familias y a la Iglesia desde el silencio y la entrega cotidiana.

Llamado a toda la Iglesia

El Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida ha reiterado la invitación que hizo el Papa Francisco en el 2021, para que cada año (cuarto domingo de julio) se celebre en toda la iglesia la Jornada mundial de los Abuelos y de los Mayores. Esta jornada debe ser vivida, promoviendo gestos concretos como:

- **Visitas a personas mayores solas o enfermas**, en residencias o en sus hogares.
- **Misas y celebraciones comunitarias** con bendición especial a los abuelos.
- **Encuentros intergeneracionales**, donde jóvenes y mayores compartan experiencias y testimonios.
- **Acciones solidarias**, especialmente hacia ancianos en situación de pobreza o abandono.



Un signo de esperanza para el mundo

En este Jubileo, cuyo lema es «*La esperanza no defrauda*» (*Spes non confundit*), los abuelos y mayores están llamados a **ser artesanos de esperanza**, anunciando con su vida que Dios nunca abandona, y que la fidelidad a Él da sentido a cada etapa de la existencia.

Que esta Jornada nos anime a valorar, cuidar y acompañar a nuestros mayores, aprendiendo de ellos la virtud de la paciencia, la ternura del amor duradero y la esperanza que no se desvanece porque está anclada en Dios.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la
Salud

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV, PARA LA V JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS MAYORES

Mensaje del Santo Padre

Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza (cf. Si 14,2)

Queridos hermanos y hermanas:

El Jubileo que estamos viviendo nos ayuda a descubrir que la esperanza siempre es fuente de alegría, a cualquier edad. Asimismo, cuando esta ha sido templada por el fuego de una larga existencia, se vuelve fuente de una bienaventuranza plena.

La Sagrada Escritura presenta varios casos de hombres y mujeres ya avanzados en años, a los que el Señor invita a participar en sus designios de salvación. Pensemos en Abraham y Sara; siendo ya ancianos, permanecen incrédulos ante la palabra de Dios, que les promete un hijo. La imposibilidad de generar parecía haberles quitado su mirada de esperanza respecto al futuro.

La reacción de Zacarías ante el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista no es diferente: «¿Cómo puedo estar seguro de esto? Porque yo soy anciano y mi esposa es de edad avanzada» (Lc 1,18). La ancianidad, la esterilidad y el deterioro parecen apagar las esperanzas de vida y de fecundidad de todos estos hombres y mujeres. También la pregunta que Nicodemo hace a Jesús, cuando el Maestro le habla de un “nuevo nacimiento”, parece puramente retórica: «¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?» (Jn 3,4). Sin embargo, en cada ocasión, frente a una respuesta aparentemente obvia, el Señor sorprende a sus interlocutores con un acto de salvación.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Los ancianos, signos de esperanza

En la Biblia, Dios muestra muchas veces su providencia dirigiéndose a personas avanzadas en años. Así ocurre no sólo con Abrahám, Sara, Zacarías e Isabel, sino también con Moisés, llamado a liberar a su pueblo siendo octogenario (cf. *Ex 7,7*). Con estas elecciones, Dios nos enseña que, a sus ojos, la ancianidad es un tiempo de bendición y de gracia, y que para Él *los ancianos son los primeros testigos de esperanza*. «¿Qué significa en mi vejez? —se pregunta al respecto san Agustín— Cuando me falten las fuerzas, no me abandones. Y aquí Dios te responde: Al contrario, que desfalezca tu vigor, para que esté presente el mío en ti, y así puedas decir con el Apóstol: “Cuando me debilito, entonces soy fuerte”» (*Comentarios a los Salmos 70, 11*). El hecho de que el número de personas en edad avanzada esté en aumento se convierte entonces para nosotros en un signo de los tiempos que estamos llamados a discernir, para leer correctamente la historia que vivimos.

La vida de la Iglesia y del mundo, en efecto, sólo se comprende en la sucesión de las generaciones, y abrazar a un anciano nos ayuda a comprender que la historia no se agota en el presente, ni se consume entre encuentros fugaces y relaciones fragmentarias, sino que se abre paso hacia el futuro. En el libro del Génesis encontramos el conmovedor episodio de la bendición dada por Jacob, ya anciano, a sus nietos, los hijos de José. Sus palabras los animan a mirar al futuro con esperanza, como en el tiempo de las promesas de Dios (cf. *Gn 48,8-20*). Si, por tanto, es verdad que la fragilidad de los ancianos necesita del vigor de los jóvenes, también es verdad que la inexperiencia de los jóvenes necesita del testimonio de los ancianos para trazar con sabiduría el porvenir. ¡Cuán a menudo nuestros abuelos han sido para nosotros ejemplo de fe y devoción, de virtudes cívicas y compromiso social, de memoria y perseverancia en las pruebas! Este hermoso legado, que nos han transmitido con esperanza y amor, siempre será para nosotros motivo de gratitud y de coherencia.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Signos de esperanza para los ancianos

El Jubileo, desde sus orígenes bíblicos, ha representado un tiempo de liberación: los esclavos eran liberados, las deudas condonadas, las tierras restituidas a sus propietarios originarios. Era un momento de restauración del orden social querido por Dios, en el cual se reparaban las desigualdades y las opresiones acumuladas con los años. Jesús renueva estos acontecimientos de liberación cuando, en la sinagoga de Nazaret, proclama la buena noticia a los pobres, la vista a los ciegos, la liberación a los cautivos y la libertad a los oprimidos (cf. *Lc 4,16-21*).

Considerando a las personas ancianas desde esta perspectiva jubilar, también nosotros estamos llamados a vivir con ellas una liberación, sobre todo de la soledad y del abandono. Este año es el momento propicio para realizarla; la fidelidad de Dios a sus promesas nos enseña que hay una bienaventuranza en la ancianidad, una alegría auténticamente evangélica, que nos pide derribar los muros de la indiferencia, que con frecuencia aprisionan a los ancianos. Nuestras sociedades, en todas sus latitudes, se están acostumbrando con demasiada frecuencia a dejar que una parte tan importante y rica de su tejido sea marginada y olvidada.

Frente a esta situación, es necesario un cambio de ritmo, que atestigüe una asunción de responsabilidad por parte de toda la Iglesia. Cada parroquia, asociación, grupo eclesial está llamado a ser protagonista de la “revolución” de la gratitud y del cuidado, y esto ha de realizarse visitando frecuentemente a los ancianos, creando para ellos y con ellos redes de apoyo y de oración, entretejiendo relaciones que puedan dar esperanza y dignidad al que se siente olvidado. La esperanza cristiana nos impulsa siempre a arriesgar más, a pensar en grande, a no contentarnos con el *statu quo*. En concreto, a trabajar por un cambio que restituya a los ancianos estima y afecto.

Por eso, el Papa Francisco quiso que la Jornada Mundial de los Abuelos y los Mayores se celebrase sobre todo yendo al encuentro de quien está solo. Y por esa

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la Salud

misma razón, se ha decidido que quienes no puedan venir a Roma este año, en peregrinación, «podrán conseguir la Indulgencia jubilar si se dirigirán a visitar por un tiempo adecuado a los [...] ancianos en soledad, [...] como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cf. *Mt 25, 34-36*)» (Penitenciaría Apostólica, *Normas sobre la Concesión de la Indulgencia Jubilar*, III). Visitar a un anciano es un modo de encontrarnos con Jesús, que nos libera de la indiferencia y la soledad.

En la vejez se puede esperar

El libro del Eclesiástico afirma *que la bienaventuranza es de aquellos que no ven desvanecerse su esperanza* (cf. 14,2), dejando entender que en nuestra vida —especialmente si es larga— pueden existir muchos motivos para volver la vista atrás, más que hacia el futuro. Sin embargo, como escribió el Papa Francisco durante su último ingreso en el hospital, «nuestro físico está débil, pero, incluso así, nada puede impedirnos amar, rezar, entregarnos, estar los unos para los otros, en la fe, señales luminosas de esperanza» (*Ángelus*, 16 marzo 2025). Tenemos una libertad que ninguna dificultad puede quitarnos: la de amar y rezar. Todos, siempre, podemos amar y rezar.

El amor por nuestros seres queridos —por el cónyuge con quien hemos pasado gran parte de la vida, por los hijos, por los nietos que alegran nuestras jornadas— no se apaga cuando las fuerzas se desvanecen. Al contrario, a menudo ese afecto es precisamente el que reaviva nuestras energías, dándonos esperanza y consuelo.

Estos signos de vitalidad del amor, que tienen su raíz en Dios mismo, nos dan valentía y nos recuerdan que «aunque nuestro hombre exterior se vaya destruyendo, nuestro hombre interior se va renovando día a día» (2 Co 4,16). Por eso, especialmente en la vejez, perseveremos confiados en el Señor. Dejémonos renovar cada día por el encuentro con Él, en la oración y en la Santa Misa. Transmitamos con amor la fe que hemos vivido durante tantos años, en la familia y

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la
Salud

en los encuentros cotidianos; alabemos siempre a Dios por su benevolencia, cultivemos la unidad con nuestros seres queridos, que nuestro corazón abarque al que está más lejos y, en particular, a quien vive en una situación de necesidad. Seremos signos de esperanza, a cualquier edad.

Vaticano, 26 de junio de 2025

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



“LOS ABUELOS Y LOS MAYORES, TESTIGOS DE UNA ESPERANZA QUE NO SE DESVANECE”

ENCUENTRO CON LA PALABRA: Iluminación bíblica

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



El libro del Eclesiástico nos ofrece una bienaventuranza poco común: la felicidad del que mantiene viva la esperanza, aun en medio de las limitaciones y fragilidades de la vida. Esta palabra es especialmente luminosa para los abuelos y las personas mayores, cuya existencia puede estar marcada por el desgaste físico, la soledad o la nostalgia, pero también por la sabiduría, la paciencia y la fe perseverante.

Dios se hace presente en quienes confían en Él hasta el final. En una cultura que descarta lo viejo, esta Palabra nos invita a reconocer el valor sagrado de quienes han vivido largo tiempo con fidelidad y esperanza.

VIVIR LA PALABRA: ¿Cómo aplicarla en mi vida?

Como persona mayor o como nieto, hija, vecino o miembro de una comunidad, esta Palabra me llama a:

- Valorar la esperanza como una virtud activa, no como una ilusión pasiva.
- Permanecer fiel al Señor, confiando en su promesa más allá de las circunstancias.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



- Descubrir la belleza de la vejez como una etapa de plenitud espiritual y no de decadencia.
- Si soy joven, acercarme a los mayores para aprender de su experiencia y darles compañía y cuidado.

Se trata de vivir cada día como un don, y cada encuentro como una oportunidad para sembrar esperanza.

COMUNICAR: ¿Cómo transmitir esta esperanza en los grupos, parroquias y comunidades?

- Organizando encuentros intergeneracionales, donde abuelos y jóvenes compartan sus historias de vida, fe y esperanza.
- Dando voz a los mayores en las celebraciones litúrgicas y espacios pastorales, reconociéndolos como portadores de sabiduría.
- Acompañando a los ancianos solos o enfermos, llevando consuelo, escucha y la presencia fraterna de la Iglesia.
- Testimoniando con alegría que la esperanza no tiene edad, y que Dios siempre escribe historias nuevas.



Los abuelos pueden convertirse en misioneros de esperanza, narradores de la fidelidad de Dios en sus vidas, catequistas del amor perseverante.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



COMUNIÓN ECLESIAL: ¿Cómo vivir esta jornada dentro de la Iglesia?

La Iglesia universal, nos llama a celebrar esta Jornada como una fiesta de la memoria, la gratitud y la esperanza. Algunas maneras de vivirla:

- Celebrar una misa especial en honor a los abuelos y ancianos, con bendiciones y oraciones por ellos.
- Visitar hogares, residencias o comunidades donde viven personas mayores, llevando un mensaje de esperanza.
- Fomentar en las parroquias y grupos pastorales un compromiso estable con el acompañamiento de los ancianos, integrándolos en la vida activa de la Iglesia.
- Promover campañas de escucha y acompañamiento espiritual de quienes viven en soledad.

La comunión eclesial se fortalece cuando cada generación es acogida, valorada y amada. Los abuelos no son solo “receptores” de cuidados, sino protagonistas de la misión de la Iglesia en este Año Jubilar. El Papa León XIV, nos dijo el 07 de mayo, “Debemos buscar juntos cómo ser una Iglesia misionera”, y nadie puede quedar fuera de esta invitación, para que juntos: niños, adolescentes, jóvenes, abuelos y adultos mayores descubramos la gran responsabilidad que tenemos de orar y ofrecer lo que vivimos para que el evangelio llegue a todos los rincones de la tierra.



«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



MOMENTO DE ORACIÓN COMUNITARIA

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (cf. Eclo 14,2)

AMBIENTACIÓN

Colocar al centro una mesa con:

- Una vela encendida (símbolo de la esperanza).
- Una imagen de San Joaquín y Santa Ana (los abuelos de Jesús).
- La Biblia abierta en Eclesiástico 14.
- Flores y manteles sencillos.
- Música instrumental suave (opcional).

ILUMINACIÓN INICIAL: Textos breves para la reflexión

Texto 1: Del Papa Francisco

“Los abuelos son el eslabón entre generaciones, transmiten a los jóvenes la experiencia de la vida y de la fe. ¡Cuánto necesitamos una alianza entre generaciones!” (Papa Francisco, 2021)

(Pausa para meditar: ¿Qué legado de fe y vida deseo transmitir?)



Texto 2: De la Bula del Jubileo “Spes non confundit” (2025)

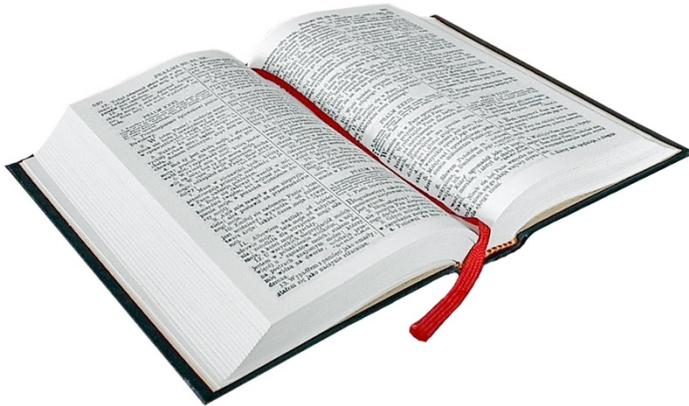
“Dirijo un recuerdo particular a los abuelos y abuelas, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes. (Bula del Jubileo 2025, n. 14)

(Pausa para meditar: ¿Cómo transmito la fe?)

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la
Salud



LECTURA BÍBLICA:

Eclesiástico 14,2.

*“¡Dichoso el que no tiene
remordimiento de su conciencia y no
ha perdido la esperanza!”*

ORACIÓN

Guía:

Señor, hoy venimos ante ti con el corazón lleno de recuerdos y con la esperanza puesta en tu amor.

Todos responden:

R/. Señor, tú eres nuestra esperanza.

- Cuando sentimos el peso de los años:
R/. Señor, tú eres nuestra esperanza.
- Cuando recordamos pérdidas y dolores:
R/. Señor, tú eres nuestra esperanza.
- Cuando vemos a nuestros nietos crecer:
R/. Señor, tú eres nuestra esperanza.
- Cuando la soledad toca nuestra puerta:
R/. Señor, tú eres nuestra esperanza.
- Cuando rezamos por nuestros hijos y por el mundo:
R/. Señor, tú eres nuestra esperanza.
- Se pueden añadir algunas, de manera espontánea.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la
Salud

ORACIÓN FINAL (todos juntos):

Señor Jesús,

te damos gracias por la vida que nos has regalado.

Gracias por las pruebas que hemos superado,

por las lágrimas que nos enseñaron a confiar,

y por los años que nos han acercado a tu amor fiel.

Que nunca se apague en nosotros la luz de la esperanza.

Ayúdanos a ser testigos de tu presencia,

a transmitir fe, paz y confianza a quienes nos rodean.

Bendice nuestras familias, nuestra comunidad,

y haz que cada uno de nosotros, en nuestra edad,

siga siendo instrumento de tu amor. Amén.



«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la
Salud

ACTIVIDAD PRÁCTICA: “MI HISTORIA, MI ESPERANZA”

OBJETIVO:

Favorecer en los adultos mayores el reconocimiento de su propia historia como fuente de esperanza para ellos mismos y para las nuevas generaciones.

DIRIGIDO A:

Adultos mayores.

De manera individual o grupal, en parroquias, hogares, residencias o centros de día.

MATERIALES:

- Tarjetas con el versículo: «*¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!*» (Eclo 14,2).
- Papelógrafo, con la frase: “**Mi vida es una historia de esperanza**”.
- Plumones.
- Música suave de fondo (opcional)



DESARROLLO PASO A PASO (DURACIÓN APROXIMADA: 45 MINUTOS):

1. Ambientación (5 min):

Recibir a los adultos mayores en un espacio tranquilo. Colocar un cartel con el versículo bíblico y una imagen de San Joaquín y Santa Ana.

«*¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!*» (Eclesiástico 14,2)



2. Introducción (5 min):

El facilitador comenta:

Hoy queremos reconocer el valor de nuestra historia. Cada uno de ustedes tiene vivencias que son como semillas de esperanza. Vamos a detenernos a mirar el pasado con gratitud, el presente con serenidad y el futuro con confianza en Dios.

3. Actividad central: Compartir “testimonio de esperanza” (20 min):

Recuerda un momento difícil que viviste, y cómo lo superaste.

- ¿Qué o quién te sostuvo en ese tiempo?
- ¿Qué aprendiste de esa experiencia?
- ¿Qué mensaje de esperanza podrías dejar a tus nietos o a las nuevas generaciones?



Se hacen pequeños grupos para compartir (máximo de 4 personas). Deberá haber alguien que marque el tiempo para todos, cada persona tiene un tiempo de 5 minutos para compartir.

Al terminar el compartir se dejan unos minutos para que cada persona piense en una frase que

será escrita en el papelógrafo: ¿Con qué frase de esperanza resumes esa vivencia?

4. Cierre:

Cada persona comparte su frase de esperanza, mientras alguien más las escribe en el papelógrafo: “Mi vida es una historia de esperanza”.

Terminamos cantando a la Virgen y rezando juntos el Padre Nuestro.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la Salud

Misioneros en la ancianidad

Reflexionemos sobre la importancia que tienen las personas que viven la etapa de la ancianidad en la dimensión humana y en la realidad social a la luz de la fe.



Dios es el creador de la realidad cósmica y de la vida, y como lo dice el libro del Génesis: «...vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Gn 1, 31) Todo lo que ha hecho Dios, lo ha creado bueno. Todo... el universo, el planeta tierra; la vida; animal y humana. Y al decir esto, se hace

referencia a la vida humana, en todas sus etapas. Según Erik Erikson, el ser humano desde la etapa del vientre materno hasta la ancianidad pasa por ocho etapas de la vida. A la luz de la Palabra divina, diríamos que las ocho etapas de la vida del hombre son buenas. Es por eso importante advertir la importancia de respetar la vida del ser humano; y eso incluye honrar la vida humana en su etapa de ancianidad también. El mandato divino de respetar la vida de las personas mayores incluso está contemplado en el cuarto mandato del decálogo, y así lo recuerda San Pablo: «Honra a tu padre y a tu madre»: este es el primer mandamiento con promesa: «para que seas feliz y tengas larga vida sobre la tierra» (Ef 6,1-3)

El Papa Francisco nos dice: «La vejez es un don y los abuelos son el eslabón entre generaciones, para transmitir a los jóvenes la experiencia de la vida y la fe. Los abuelos son a menudo olvidados y nosotros olvidamos esta riqueza de custodiar las

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



raíces y transmitir las». Estas palabras de nuestro Sumo Pontífice, enmarcan esta doble verdad: Por un lado la vejez, es un don y, como tal, es un regalo: Un regalo de Dios. En otras palabras es algo bueno para el ser humano. Pero por otra parte, el mismo Santo Padre advierte sobre la dura realidad: «Los abuelos –refiriéndose a las personas ancianas– son a menudo olvidados» Y en su encíclica anuncia la dura realidad: «No advertimos que aislar a los ancianos y abandonarlos a cargo de otros sin un adecuado y cercano acompañamiento de la familia, mutila y empobrece a la misma familia. Además, termina privando a los jóvenes de ese necesario contacto con sus raíces y con una sabiduría que la juventud por sí sola no puede alcanzar» (Fratelli Tutti, 19).

Los ancianos en el proyecto de Dios

Hace tiempo conocí una obra de teatro llamada «Fin de partida» del autor irlandés Samuel Becket. Esta obra pertenece al Teatro del absurdo y una característica de este teatro es que lo que presenta es ilógico. Así que cuando uno ve una obra de este tipo, puede esperarse no haber entendido nada.



Al comienzo de la obra hay dos personajes a la vista: Uno que está al centro de la escena y permanece siempre en una silla de ruedas pues no puede caminar y además es ciego. Otro que entra y sale haciendo quehaceres de la casa. Lo raro, en esta casa, es que a los lados hay dos grandes botes de basura con tapa. La obra transcurre; los hombres hablan entre ellos; uno se mantiene siempre en su silla de ruedas y el otro va y viene. De pronto, de uno de los botes de basura, asoma la cabeza canosa de un hombre anciano y habla con el hombre de la silla de ruedas.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



En otro momento, del otro bote, aparece otra cabecita canosa; esta vez una mujer anciana quien también interviene a momentos en el diálogo. Los ancianos permanecen en los botes a lo largo de la obra. Nunca salen de ellos. El hombre que está en silla de ruedas es el hijo de los ancianos que están cada uno en su bote de basura.

Esta obra por demás extraña del Teatro del absurdo, es una fuerte crítica social: El hombre de la silla de ruedas es una persona madura de algunos 45 años... es ciego y no puede levantarse ni caminar; el hombre que entra y sale, es el sirviente que ayuda al hombre de la silla de ruedas y los ancianos de los botes son los padres del hombre ciego e imposibilitado de caminar.

A través del tiempo, la reflexión del público sobre esta obra es que los padres, dejan en el mundo a hijos imposibilitados de valerse por si mismos y, por otra parte, estos hijos se olvidan de sus padres, o como lo dijera el Papa Francisco, «los abuelos son a menudo olvidados y nosotros olvidamos esta riqueza de custodiar las raíces y transmitir las». Uno de los aspectos más difíciles de procesar de la obra, es la permanencia de los ancianos en sendos botes de basura. Dichos botes se han interpretado a través del tiempo como los asilos, instituciones a donde las personas de edad avanzada son llevados por los más jóvenes; son tirados, si así se le quiere ver y esta imagen del teatro es perturbadora, pues representa a las personas ancianas como una carga difícil de llevar para las nuevas generaciones.

Esta obra, «Fin de partida» nos advierte de una manera escénica, el riesgo en que el ser humano puede caer. El riesgo del olvido como lo dice nuestro Santo Padre. El riesgo que corren los jóvenes de olvidar a los mayores y perderse de toda la riqueza de vida que ellos tienen.

Es cierto que llegar a la ancianidad es difícil pues al paso por la vida, muchas capacidades se pierden y al suceder esto se pierde la autonomía, pues como ser humano se comienza a depender de otros seres humanos. Cristo le dijo a Pedro: «...cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero cuando

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras»
(Jn 21, 18)

Cierto que aquí Cristo, en su infinita sabiduría, «estaba dando a entender de qué manera Pedro había de morir» (Jn 21, 19) Sin embargo, queda claro que Jesús advierte en la edad avanzada, una etapa en que el ser humano requiere de la ayuda de los demás.

La sociedad actual, corre el riesgo de ver a los ancianos como una carga pesada. No obstante, aunque resulte paradójico por la diferencia de edad y circunstancia, tanto en las primeras etapas de la vida del ser humano, cuando se está en el vientre o cuando se es bebé como en la última etapa, ya en la ancianidad, se requiere de la ayuda de terceros. Esta realidad existencial nos enfrenta a una noción elemental de justicia... los ahora ancianos cuidaron a los ahora jóvenes cuando iniciaron la vida... ¿no suena como un aspecto de elemental justicia que los ahora jóvenes, cuiden y procuren a los que en su más tierna infancia los cuidaron y los ayudaron a crecer? Sin embargo la vida humana va más allá de una simple realidad comercial que consiste en dar para recibir o «pagar la deuda de vida que se tiene con el que en su momento dio».

El ser humano, contemplado en su ser trascendental no puede verse en su etapa inicial, de bebé, o en su última etapa de la vida, en su ancianidad, como una carga pesada, sino que es preciso verlo en toda su dimensión de ser humano: Es indispensable que a niños, jóvenes, adultos y adultos mayores, se nos perciba, siempre, como lo que somos: «...



«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



hijos amados de Dios» (Ef 5,1) Sin basar el valor del ser humano en su dimensión de utilidad, como lo pretende el utilitarismo, corriente de pensamiento que afirma que «...solo lo que es útil, es bueno» (Hume, D) El ser humano no puede basar su valor en lo útil que resulte su etapa de vida, si eso fuera así, nuestras relaciones de seres humanos serían meramente comerciales: «Te aprecio porque me eres de utilidad» o «Cuánto más útil me resultes, más valor tienes para mí» Si a alguien le resultara esto apropiado, piense por un momento la frase dicha en primera persona: «Me aprecias porque te soy de utilidad» o «Tengo mayor valor para ti, cuanto más útil te resulto» Este es un amor instrumental. No se ama al ser humano en sí sino a lo que ese ser humano es capaz de hacer. Eso es cosificar a ser humano y tivializar las relaciones interpersonales.

Vinculas familiares más allá de relaciones utilitarias

La vida no puede ser tasada con el criterio utilitarista; este es un engaño en el que constantemente se cae, al tener una visión reduccionista del ser humano y pretender que vale en cuanto que sirve. Las personas que han llegado a la ancianidad, no se les puede tasar con un criterio de utilidad. El papel humano y social que le corresponde a un anciano que ha caminado a través de la vida; ha corrido; se ha tropezado; ha caído sin duda pero se ha levantado; su valor radica precisamente en que ha permanecido en el camino de la vida aprendiendo de ella, eso es la experiencia y por esta un anciano tiene la posibilidad de compartir su sabiduría de vida y orientar. Tal es la dignidad de un anciano que esta misma palabra se ha utilizado para dar nombre a los sacerdotes de la Iglesia Católica. Los sacerdotes, llevan el título de Presbítero palabra que proviene del griego y significa «el más anciano». Y este título hace referencia a la sabiduría que un sacerdote puede compartir a su comunidad para orientar.

El ser humano encuentra el sentido de su vida en la relación familiar, que va más allá de una relación comercial de bienes. Los hijos, los padres y los abuelos, viven una dimensión de amor que trasciende la utilidad: «La corona de los ancianos son sus nietos; el orgullo de los hijos son sus padres» (Pr 17, 6). El Papa Francisco

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



insiste sobre el refuerzo de estas relaciones: «Es importante que los abuelos se encuentren con los nietos y que los nietos se encuentren con los abuelos, porque – como dice el profeta Joel– los abuelos ante los nietos soñarán, tendrán ilusiones, y los jóvenes, tomando fuerza de sus abuelos, irán hacia adelante, profetizarán».

La esencia de Dios es el amor. La identidad de Dios es el amor, así lo escribió San Juan: «Dios es amor» (1Jn 4, 8) y el amor es donación. Es en la donación en que se da el valor del ser humano. Es por amor, por donación que se valora al otro en cualquier etapa de su vida. Quien se da, quien se dona a los demás, de manera natural será amado. Así el joven, se da al anciano y lo procura y lo ama; lo ayuda en sus dificultades naturales de su edad. El anciano también se da al joven, a través de su capacidad de escucha y de la donación de la gran riqueza acumulada de su vida a través de un consejo o una palabra dulce o a través de la sabiduría de vida que se anuncia con el cabello blanquecido por el tiempo, pues «las canas son una honrosa corona que se obtiene en el camino de la justicia» (Pr 16,31).

Así pues, el anciano, el abuelo es para la familia una oportunidad de perfeccionar las habilidades de comunicación, la paciencia y, en pocas palabras hacer crecer la caridad, además de que las personas ancianas, son siempre una oportunidad para las nuevas generaciones de seguir aprendiendo de la vida. Pues al escuchar sus experiencias buenas o malas, fáciles o difíciles, siempre se puede sacar de ellas una lección valiosa para prevenir errores en el camino de la vida. ¿Y si no fuera así? ¿Si la etapa de ancianidad que vive la persona, la ha despojado incluso de la capacidad del habla; de la relación racional y no puede comunicar ideas? La donación de los demás hacia una persona anciana en tales condiciones, al atender sus necesidades, lleva a vivir el don de la caridad, el don del amor y darle a esa persona el trato de hijo de Dios que nos lleva a vivir la fraternidad.

Hay una hermosa historia de la Segunda Guerra Mundial, que dice que un niño de 10 años corría huyendo por un camino ya que soldados enemigos bombardeaban su aldea... Este niño de diez años llevaba cargando a sus espaldas a un niño de dos años, era su hermanito, el pequeño iba muerto; el hermanito más grande lo llevaba

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



para incinerarlo; alguien le preguntó: «Oye chico, ¿no es mucha carga, el niño que llevas en la espalda, para poder huir?» el pequeño de 10 años respondió: «No es una carga, es mi hermano». Así el nieto podría decir: «No es una carga, es mi abuelito, es mi abuelita».

Todo este contexto especialmente en esta época de pandemia en que los cuidados sobre las personas de la tercera edad, han llevado a nuestros ancianitos a permanecer casi de manera permanente en los límites interiores de las viviendas; sí cuidados, aunque también condenados a permanecer protegidos pero potencialmente olvidados por los más jóvenes, quienes pueden con más libertad disfrutar de espacios abiertos.

Dios, que no se equivoca y que sostiene la realidad de nuestra vida y le da sentido, expresa su voluntad a través de la experiencia misma de la vida que nos hace voltear y revalorar el papel tan importante que tienen los ancianos en la vida social:

Ellos son quienes han acumulado experiencia de vida y nos pueden advertir para vivir la nuestra. Los ancianitos son personas que han caminado, han sembrado, se han donado a lo largo de la vida en favor de otros. Tienen riqueza acumulada a través de la experiencia de la vida de sus años. Una riqueza que los más jóvenes pueden y deben aprovechar para la



construcción de su propia vida y esto se da a través de pasar tiempo unos con otros; a través de algunos juegos que se pueden realizar y sobre todo a través del diálogo fraterno.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)



Pastoral de la
Salud

Reflexionemos

La donación, la vida de la caridad al servir a los demás nos lleva a vivir el don de la fraternidad. Y cuando alcanzamos a ver al otro: Sea bebé, niño, adolescente, joven, adulto o anciano, en su dimensión de hijo de Dios, vivimos en fraternidad humana y ver en el anciano a un hermano es una gran oportunidad de compartir, de aprender y de vivir en la verdadera dignidad de los hijos de Dios: Valorando su ser; respetando su caminar por la vida; comprendiendo su diferente cosmovisión; venerando sus canas; corona de sabiduría; aprendiendo de su experiencia, apoyándolo en sus limitaciones y dejando un ejemplo de amor, para nuevas generaciones.

Señor tú que eres Padre Eterno de Nuestro Señor Jesucristo, tú que eres sabiduría divina y eterna, danos luz para ver en nuestros queridos ancianos y ancianas la riqueza que su paso por la vida ha adquirido. Permítenos descubrir en ellos, tu presencia de paz y sabiduría. Y permítenos ser para ellos, especialmente en esta época de pandemia, un remanso de paz y de alegría.

Orta, R. Misioneros en la ancianidad.

Ad Gentes No. 616 (Enero–febrero 2022): pp 19–23.

«¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (Eclesiástico 14,2)